

Cuadernos del Concilio 22



La santidad, vocación universal
(LG 39-42)

Cuadernos del Concilio

Cuadernos del Concilio

**La santidad, vocación universal
(LG 39-42)**

François-Marie Léthel

Conferencia del Episcopado Mexicano, A.R.

Prol. Misterios 26, Tepeyac Insurgentes,
alcaldía Gustavo A. Madero,
C. P. 07020, Ciudad de México
Tel. 55 57 81 84 62
www.cem.org.mx

Los volúmenes de esta serie fueron editados por el «Dicasterio para la Evangelización. Sección para las cuestiones fundamentales de la evangelización en el mundo».

D. R. © 2023 Conferencia del Episcopado Mexicano, A.R.

D. R. © 2022 by Dicastero per l'Evangelizzazione Sezione per le questioni fondamentali dell'evangelizzazione nel mondo

Derechos cedidos a la Conferencia del Episcopado Mexicano para su publicación

Director de la edición en castellano: Juan Carlos Casas García

**Cuadernos del Concilio 22
La santidad, vocación universal
(LG 39-42)**

Autor: François-Marie Léthel

Primera edición (castellana) 2023

Editorial NUN

Es una marca de Editorial Notas Universitarias, S. A. de C. V.
Xocotla 17, Tlalpan Centro II, alcaldía Tlalpan,
C. P. 14000, Ciudad de México
www.editorialnun.com.mx

El contenido de este libro es responsabilidad del autor.

Derechos reservados conforme a la ley. No se permite la reproducción total o parcial de esta publicación, ni registrarse o transmitirse por un sistema de recuperación de información, por ningún medio o forma, sea electrónico, mecánico, fotoquímico, magnético o electro-óptico, fotocopia, grabación o cualquier otro sin autorización previa y por escrito de los titulares del Copyright. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Arts. 229 y siguientes de la Ley Federal de Derechos de Autor y Arts. 242 y siguientes del Código Penal).

Impreso en México.

ÍNDICE

Introducción	9
Capítulo 1: Del capítulo V de la constitución <i>Lumen Gentium</i>	11
La santidad como perfección de la caridad	12
Los últimos capítulos de <i>Lumen Gentium</i>	13
Capítulo 2: Desarrollo después del Concilio	15
Humildad, fe, esperanza y caridad en el Magisterio de Juan Pablo I	15
Juan Pablo II	19
Catequesis de Benedicto XVI sobre los santos	24
La exhortación apostólica <i>Gaudete et exsultate</i> del papa Francisco	26
Capítulo 3: Teresa de Lisieux, maestra de santidad para todos	29
La caridad como amor infinito en la extrema pequeñez	30
Verdad y oscuridad de la fe	34
La esperanza ilimitada de salvación y santidad	36
La Ofrenda al Amor Misericordioso	38
<i>Lumen Gentium</i> 30-38	
Capítulo V Universal vocación a la santidad en la Iglesia	41

CUADERNOS DEL CONCILIO

1. El Concilio Vaticano II: historia y significado para la Iglesia

Dei Verbum

2. La revelación como Palabra de Dios (DV 1-5)
3. La Tradición (DV 7-10)
4. La inspiración (DV 11-13)
5. La Sagrada Escritura en la vida de la Iglesia (DV 21-26)

Sacrosanctum Concilium

6. La liturgia en el misterio de la Iglesia (SC 1-2. 7-13)
7. La Sagrada Escritura en la liturgia (SC 24-35)
8. Vivir la liturgia en la parroquia (SC 40-46)
9. El misterio eucarístico (SC 47-58)
10. La Liturgia de las Horas (SC 83-101)
11. Los Sacramentos (SC 59-81)
12. El domingo, regalo de Dios a su pueblo (SC 102-106)
13. Los tiempos fuertes del Año Litúrgico (SC 102. 109-111)
14. La música en la liturgia (SC 112-121)

Lumen gentium

15. El misterio de la Iglesia (LG 1-5)
16. Las imágenes de la Iglesia (LG 6-8)
17. El pueblo de Dios (LG 9-16)

18. La Iglesia es para la evangelización (LG 17)
19. El papa, los obispos, los sacerdotes y los diáconos (LG 18-29)
20. Los laicos (LG 30-38)
21. La vida consagrada (LG 43-47)
22. La santidad, vocación universal (LG 39-42)
23. La Iglesia peregrina hacia la plenitud (LG 48-51)
24. Maria, la primera creyente (LG 52-69)

Gaudium et spes

25. La Iglesia en el mundo de hoy (GS 1-3)
26. El sentido de la vida (GS 4)
27. La sociedad de los hombres (GS 23-32)
28. Autonomía y servicio (GS 33-45)
29. La familia (GS 47-52)
30. La cultura (GS 53-62)
31. La economía y las finanzas (GS 63-72)
32. La política (GS 73-76)
33. El diálogo como instrumento (GS 83-93)
34. La paz (GS 77-82)



INTRODUCCIÓN

La santidad no es otra cosa que la perfección de la caridad, es decir, la plenitud del amor grande y verdadero del que todo corazón humano está profundamente sediento. No es una ilusión, ni un ideal abstracto e inalcanzable. Es una realidad que se ofrece a todos. Es el amor de Jesús, amor divino y humano, el mayor don del Espíritu Santo.

Por ello, la Iglesia católica, junto con las Iglesias ortodoxas, siempre ha venerado a los santos, a los conocidos, beatificados o canonizados, pero también a la multitud de todos los santos que se celebran el 1 de noviembre. El Concilio celebra un nuevo desarrollo de la Tradición viva de la Iglesia sobre la santidad y los santos, abriendo una nueva página, con un aumento increíble del número de beatificaciones y canonizaciones de hombres y mujeres en todos los estados de vida, en particular con numerosos ejemplos de santidad entre los laicos, en el matrimonio y en la familia. Antes del Concilio, la mayoría de los santos reconocidos eran sacerdotes y religiosos.

En este estudio nos gustaría destacar el gran desarrollo que se da a partir del capítulo V de la constitución *Lumen Gentium*, promulgada por San Pablo VI el 21 de noviembre de 1964 en la fiesta de la Presentación de María, y que llega a la exhortación apostólica *Gaudete et exsultate* del papa Francisco «sobre la

llamada a la santidad en el mundo contemporáneo», publicada en la solemnidad de San José el 19 de marzo de 2018. Después del Concilio, que había puesto plenamente de relieve el lugar de María en el Misterio de Cristo y de la Iglesia (LG cap. VIII), san Juan Pablo II ofreció una ampliación en su exhortación apostólica *Redemptoris Custos* «sobre la figura y la misión de san José en la vida de Cristo y de la Iglesia», el 15 de agosto de 1989. Más recientemente, el papa Francisco dedicó a san José la Carta apostólica *Patris Corde* el 8 de diciembre de 2020. Ha querido comenzar solemnemente su pontificado en la solemnidad de san José, el 19 de marzo de 2013. A través de estos grandes documentos recientes de la Iglesia y de las numerosas beatificaciones y canonizaciones, podemos comprender mejor lo que es realmente la santidad a la que todos estamos llamados. Una santidad cercana a todos, accesible y practicable.

Todos estamos invitados a entrar en la gran «rotonda de los santos» pintada por el beato Fray Angélico, donde santos y ángeles se dan la mano para ayudarnos a caminar también a nosotros hacia la santidad. El ícono de la «rotonda de los santos» fue el centro de los ejercicios espirituales que predicó en 2011 para Benedicto XVI y la Curia romana. Se encuentra en la portada del libro que recoge las 17 meditaciones bajo el título: *La luz de Cristo en el corazón de la Iglesia* (Libreria Editrice Vaticana, 2011). Partiendo del capítulo V de la constitución *Lumen Gentium* sobre la vocación universal a la santidad, seguiremos el desarrollo del tema después del Concilio, desde el papa Pablo VI hasta el papa Francisco. Por último, presentaremos la figura de Teresa de Lisieux, proclamada Doctora de la Iglesia por Juan Pablo II, como maestra excepcional de santidad para todos.

DEL CAPÍTULO V DE LA CONSTITUCIÓN *LUMEN GENTIUM*

Titulado *La vocación universal a la santidad en la Iglesia*, el capítulo V de la *Lumen Gentium* (nn. 39-42) es como el corazón de esta constitución dogmática sobre la Iglesia en relación con los demás capítulos y, sobre todo, con el último, el capítulo VIII sobre *María en el misterio de Cristo y de la Iglesia*, que en palabras de san Pablo VI es la «cumbre y coronamiento» de toda la constitución.

En efecto, María Inmaculada representa de la manera más perfecta la *santidad* de la Iglesia, su bellissimo rostro «sin mancha ni arruga» (Ef 5, 27), es decir, sin la menor huella de pecado. Es el mismo *Misterio de la Iglesia*, que el primer capítulo contempla en su fuente eterna de santidad que es Cristo junto con el Padre y el Espíritu Santo, el mismo Misterio que se refleja perfectamente en María en el último capítulo. Este es el primer nivel, más profundo, de la enseñanza del Concilio sobre la Santa Iglesia. A la luz de esto, en un segundo nivel, se presenta a toda la Iglesia como *Pueblo de Dios* (cap. II), *enteramente llamado a la santidad* (cap. V), *en camino hacia la patria del cielo* (cap. VII). Por último, en un tercer nivel, se considera a la propia Iglesia peregrina en sus distintas vocaciones: la *jerarquía*, es decir, los obispos, presbíteros y diáconos (cap. III), los *laicos* (cap. IV) y los *religiosos* (cap. VI). Este

La santidad, vocación universal (LG 39-42)

nivel integra y desarrolla la doctrina clásica de los concilios ecuménicos anteriores (Trento y Vaticano I) sobre la constitución jerárquica de la Iglesia, especialmente sobre los obispos como sucesores de los Apóstoles. En el capítulo III se reafirma claramente la primacía del obispo de Roma como sucesor de Pedro y vicario de Cristo (LG 18).

La mayor aportación del Concilio es precisamente su nueva insistencia en la *santidad* de la Iglesia, poniendo de manifiesto la *primacía de la santidad* representada por María, mientras que Pedro representa la *primacía institucional*. María Inmaculada es, evidentemente, más santa que el apóstol Pedro, que había negado tres veces a Jesús en el momento de la Pasión. Así, se podría decir que los capítulos V y VIII de la *Lumen Gentium* son como los dos «faros» de la santidad para toda la Iglesia. La santidad, a la que todos están igualmente llamados en las diversas vocaciones y estados de vida, se realiza perfectamente en María. Su plena santidad ilumina a toda la Iglesia, tanto en el cielo como en la tierra: ¡la santidad de la Madre es para todos sus hijos! Se comprende así la gran paradoja de nuestra Iglesia en la tierra: «La Iglesia que acoge en su seno a los pecadores es santa y al mismo tiempo necesita siempre purificarse (*sancta simul et semper purificanda*, LG 8)». ¡Es la gran y común vocación de todos a la santidad la que da sentido a las diversas vocaciones en la Iglesia!

La santidad como perfección de la caridad

En el capítulo V se caracteriza la santidad como *perfección de la caridad* (LG 39 y 40). Luego se considera el *ejercicio multiforme de la única santidad* según las diversas vocaciones en la Iglesia (LG 41).

La perfección de la caridad, que es la esencia de la santidad, es inseparablemente perfección de la fe y de la esperanza. Estas tres virtudes teologales son las principales modalidades de la gracia del bautismo, los mayores dones del Espíritu Santo en esta vida. Para san Juan de la Cruz, son el alma

de la auténtica vida espiritual, el único medio de unión con Dios. Según san Pablo, «la mayor es la caridad», que «no pasará jamás», siendo la misma en el cielo que en la tierra, mientras que la fe y la esperanza desaparecerán en la visión «cara a cara» y en la plena posesión de Dios (cf. 1 Cor 13, 8-13). «La caridad todo lo cree y todo lo espera» (1 Cor 13,7), y por eso Santo Tomás de Aquino la llama «madre, raíz y forma de todas las virtudes» (*STh* I-II q. 62 art. 4).

A continuación se considera el ejercicio de la santidad en las diversas vocaciones dentro del Pueblo de Dios: los miembros de la jerarquía (obispos, presbíteros y diáconos) y los laicos, entre los que se considera especialmente a los esposos y padres cristianos, con una nueva insistencia en la santidad en el matrimonio y en la familia, y en los compromisos en el trabajo y en la sociedad civil. El último punto de este capítulo se refiere a *los caminos y medios de la santidad*, anteponiendo siempre la caridad (LG 42).

También aquí el texto conciliar se refiere a la enseñanza de santo Tomás sobre la primacía de la caridad. Su máxima expresión es el martirio. El camino de los consejos evangélicos, que son la esencia de la vida consagrada, se presenta también como un camino particular de santidad.

Los últimos capítulos de Lumen Gentium

Este capítulo encuentra su continuación en los tres últimos capítulos de la constitución. Después del capítulo VI, que trata de la vocación de los religiosos en la Iglesia, el capítulo VII considera *la naturaleza escatológica de la Iglesia peregrina y su unión con la Iglesia celeste*, dándonos la visión más amplia de la Iglesia, en la tierra, en el purgatorio y en el cielo (LG 49).

Finalmente, el capítulo VIII, que contempla a la *Bienaventurada Virgen María Madre de Dios en el Misterio de Cristo y de la Iglesia*, ofrece la luz más alta sobre la vocación de todos a la santidad:

Mientras la Iglesia ha alcanzado ya en la Santísima Virgen aquella perfección que la hace sin mancha ni arruga (cf. Ef 5, 27), los fieles de Cristo se esfuerzan todavía por crecer en santidad mediante la victoria sobre el pecado; y para ello levantan los ojos a María, que resplandece como modelo de virtud ante toda la comunidad de los elegidos. La Iglesia, recogiendo con piedad en el pensamiento de María, que contempla a la luz del Verbo hecho hombre, con veneración penetra más profundamente en el misterio supremo de la Encarnación y se conforma cada vez más a su Esposo. En efecto, María, que con su íntima participación en la historia de la salvación reúne y hace resonar las exigencias supremas de la fe, al ser objeto de predicación y veneración llama a los creyentes a su Hijo, a su sacrificio y al amor del Padre. A su vez, la Iglesia, buscando la gloria de Cristo, se asemeja cada vez más a su gran modelo, progresando continuamente en la fe, la esperanza y la caridad, y en todo buscando y cumpliendo la voluntad divina (LG 65).

Asunta al cielo y plenamente configurada con Jesús resucitado, María es verdaderamente *un signo de esperanza segura y de consuelo para toda la Iglesia peregrina*: «La madre de Jesús, así como en el cielo, donde ya está glorificada en cuerpo y alma, constituye la imagen y el principio de la Iglesia que ha de tener su plenitud en la edad futura, así también en la tierra brilla ahora ante el pueblo de Dios peregrino como signo de esperanza segura y de consuelo, hasta que llegue el día del Señor (cf. 2 Pe 3, 10)» (LG 68). San Juan Pablo II hará brillar este «rostro mariano» de la Iglesia durante su largo pontificado.

DESARROLLO DESPUÉS DEL CONCILIO

Esta nueva enseñanza del Concilio sobre la santidad brilla en el Magisterio y en el testimonio de los últimos papas, desde Pablo VI hasta el papa Francisco. Mediante la beatificación y la canonización, la Iglesia ha reconocido la santidad de Pablo VI, Juan Pablo I y Juan Pablo II. Benedicto XVI y el papa Francisco no han cesado de insistir en la primacía de la santidad en la Iglesia, dando siempre nuevos ejemplos al Pueblo de Dios. Veamos brevemente sus principales aportaciones.

Humildad, fe, esperanza y caridad en el Magisterio de Juan Pablo I

En su brevísimo pontificado, el beato Juan Pablo I ofreció a toda la Iglesia una contribución sencilla y esencial *sobre la humildad, la fe, la esperanza y la caridad*. ¡Estos son los principales «ingredientes» de la santidad! Esto corresponde a su escudo episcopal de 1958, en el que el lema *humilitas* figura bajo las tres estrellas que simbolizan las virtudes de la fe, la esperanza y la caridad. Veinte años más tarde, las cuatro audiencias generales de su mes de pontificado se dedican secuencialmente a la *humildad* (6 de septiembre de 1978, un mes después de la muerte de Pablo VI), la *fe* (13 de septiembre), la *esperanza* (20

de septiembre) y *la caridad* (27 de septiembre, vigilia de su muerte). Este breve resumen es como la llave del alma del papa Luciani, ¡el tesoro sencillo y esencial de la santidad que compartió con todo el Pueblo de Dios!

Si la caridad es la mayor de las virtudes y la madre de todas, también hay que decir que su fundamento indispensable es la humildad, «nutricia de la caridad», según Santa Catalina de Siena (*Carta* 33). Comentando la parábola evangélica de las diez vírgenes (Mt 25, 1-13), Catalina explica que en la lámpara de nuestro corazón es siempre el aceite de la humildad el que alimenta la llama de la caridad (*Carta* 112). Así, Juan Pablo I pone la humildad en primer lugar, y todas las audiencias se caracterizan por este ambiente humilde, sencillo y alegre. ¡Así, se llama a sí mismo «el Papa pobre»!

En la catequesis sobre la *fe*, el Papa hace una referencia muy significativa, en la Audiencia general del 13 de septiembre de 1978, a los dos Pontífices anteriores cuyos nombres retomó, Juan XXIII y Pablo VI:

Sabéis que en su último discurso, el 29 de junio, Pablo VI dijo: «Después de quince años de pontificado, puedo dar gracias al Señor; porque he defendido, he conservado la fe» [...]. Correspondamos a las esperanzas de los Papas que proclamaron y aplicaron el Concilio, el Papa Juan, el Papa Pablo. Tratemos de hacer mejor a la Iglesia, haciéndonos mejores nosotros. Cada uno de nosotros y toda la Iglesia podría recitar la oración que estoy acostumbrado a recitar: *Señor, tómate como soy, con mis defectos, con mis faltas, pero hazme como tú me quieres.*

El nuevo Papa comparte con toda la Iglesia esta breve oración, tan característica de su espiritualidad. Sigue siendo la expresión de la verdadera humildad, en su orientación esencial hacia la santidad. Y es precisamente el dinamismo de la *esperanza* lo que se contempla en la siguiente Audiencia general del 20 de septiembre, todavía muy significativa de la experiencia del papa Luciani, refiriéndose a la esperanza del salmista:

A él y a todos los que esperan se les puede aplicar lo que San Pablo decía de Abraham: «Creyó, esperando contra toda esperanza» (Rom 4,18). Dirán de nuevo: ¿Cómo puede suceder esto? Sucede porque nos aferramos a tres verdades: Dios es todopoderoso, Dios me ama inconmensurablemente, Dios es fiel a sus promesas. Y es Él, el Dios de la misericordia, quien enciende en mí la confianza, por la que no me siento ni solo, ni inútil, ni abandonado, sino implicado en un destino de salvación, que un día desembocará en el paraíso.

En pocas palabras, se nos ofrece un espléndido resumen de la esperanza vivida por el papa Luciani. Es, en el sentido más profundo, la confianza plena en el amor misericordioso de Dios, todopoderoso y fiel, cuyo horizonte seguro es la vida eterna del cielo, a pesar de todos los pecados cometidos en el pasado. Esta esperanza viva es la fuente de la verdadera alegría, del optimismo cristiano, de la *caridad amorosa y sonriente* de la que fueron testigos tanto Teresa de Lisieux como el Papa, inmediatamente percibido por la gente como «el Papa de la sonrisa». No se trata de algo superficial, de una sonrisa publicitaria, sino de una gran virtud cristiana:

También a lo largo de los siglos han surgido de vez en cuando declaraciones y tendencias de cristianos demasiado pesimistas sobre el hombre. Pero tales declaraciones han sido desaprobadas por la Iglesia y olvidadas gracias a una multitud de santos felices y laboriosos, al humanismo cristiano [...] y a una teología comprensiva. Santo Tomás de Aquino, por ejemplo, sitúa entre las virtudes la *iucunditas*, es decir, la capacidad de convertir las cosas oídas y vistas en una sonrisa alegre —en la medida y del modo que convenga [...]. Al declarar virtud el bromear y el hacer sonreír, Santo Tomás estaba de acuerdo con la «buena nueva» predicada por Cristo, con la *hilaritas* recomendada por San Agustín, derrotó al pesimismo, revistió de alegría la vida

cristiana, invitó a animarse incluso de las alegrías sanas y puras que encontramos en nuestro camino. (*Audiencia general* [20-9-1978]).

Por último, la Audiencia general sobre la *caridad*, pronunciada el 27 de septiembre, víspera de su muerte, es como su testamento espiritual, la coronación de toda su vida y de su pontificado. No es más que un comentario sobre el simple acto de amor, citado al principio:

«Dios mío, con todo mi corazón te amo sobre todas las cosas, tú bondad infinita y nuestra felicidad eterna, y por amor a ti amo a mi prójimo como a mí mismo y perdono las ofensas recibidas. Oh Señor, que te ame cada vez más». Es una oración muy conocida, incrustada de frases bíblicas. Me la enseñó mi madre. También ahora la recito varias veces al día y trato de explicársela, palabra por palabra, como lo haría un catequista parroquial.

Aquí, el Papa comparte con el Pueblo de Dios la realidad más profunda de su corazón a lo largo de su vida, desde la infancia hasta la muerte: la caridad como único amor a Dios y al prójimo hasta el punto de perdonar siempre. Fue el aliento de Teresa de Lisieux, expresado en su último suspiro: «¡Dios mío, te amo!».

A continuación, el Papa recuerda lo que había aprendido de su profesor de filosofía en el seminario, a saber, los dos movimientos del conocimiento y del amor según santo Tomás: conocer es recibir en uno mismo el objeto conocido, mientras que amar es salir de uno mismo hacia el objeto amado. Así, nuestro amor a Dios se interpreta como un «viaje». Podemos considerar las últimas palabras de la audiencia como las últimas palabras del Papa:

Las últimas palabras de la oración son: *Señor, que te ame cada vez más*. También aquí hay obediencia a un mandato de Dios, que ha

puesto en nuestros corazones la sed de progreso. De los pilotes, las cuevas y las primeras chozas, hemos pasado a las casas, los palacios, los rascacielos; de viajar a pie, a lomos de una mula o un camello, a los carruajes, los trenes, los aviones. Y seguimos queriendo progresar por medios cada vez más rápidos, alcanzando destinos cada vez más lejanos. *Pero amar a Dios —lo hemos visto— es también un camino: Dios lo quiere cada vez más intenso y perfecto.* A todos los suyos les ha dicho: «Vosotros sois la luz del mundo, la sal de la tierra» (Mt 5,8); «Sed perfectos como vuestro Padre celestial es perfecto» (Mt 5,48). Esto significa: *amen a Dios no poco, sino mucho; no se detengan en el punto al que han llegado, sino que, con su ayuda, progresen en el amor.*

Estas últimas palabras del beato Juan Pablo I revelan el gran dinamismo de toda su vida como un continuo camino de santidad, de crecimiento en la humildad y en la caridad, un continuo *progreso en el amor*.

Juan Pablo II

En la homilía de la beatificación de Juan Pablo II, el 1 de mayo de 2011, Benedicto XVI nos ofrece una síntesis luminosa de la vida y del pontificado de su predecesor en esta dimensión de la santidad:

Queridos hermanos y hermanas, hoy brilla ante nuestros ojos, en la plena luz espiritual de Cristo resucitado, la figura amada y venerada de Juan Pablo II. Hoy su nombre se añade a la multitud de santos y beatos que proclamó durante los casi 27 años de su pontificado, recordando con fuerza la vocación universal a la alta medida de la vida cristiana, a la santidad, como afirma la constitución conciliar *Lumen Gentium* sobre la Iglesia. Todos los miembros del Pueblo de Dios —

obispos, sacerdotes, diáconos, fieles laicos, religiosos y religiosas— estamos en camino hacia la patria celestial, donde nos precedió la Virgen María, asociada de modo singular y perfecto al Misterio de Cristo y de la Iglesia. Karol Wojtyła, primero como obispo auxiliar y después como arzobispo de Cracovia, participó en el Concilio Vaticano II y era muy consciente de que dedicar a María el último capítulo del documento sobre la Iglesia significaba poner a la madre del Redentor como imagen y modelo de santidad para todo cristiano y para toda la Iglesia. Esta visión teológica es la que el Beato Juan Pablo II descubrió de joven y luego conservó y profundizó a lo largo de su vida. Una visión que se resume en el ícono bíblico de Cristo en la cruz con María, su madre, a su lado. Un ícono que se encuentra en el Evangelio según San Juan (19, 25-27) y se resume en el escudo episcopal y luego papal de Karol Wojtyła: una cruz de oro, una «m» en la parte inferior derecha, y el lema: «*Totus tuus*», que corresponde a la célebre expresión de San Luis María Grignon de Montfort, en la que Karol Wojtyła encontró un principio fundamental para su vida: «*Totus tuus ego sum et omnia mea tua sunt. Accipio te in mea omnia. Praebe mihi cor tuum, Maria* [Soy todo tuyo y todo lo mío es tuyo. Te tomo por todo mi bien. Dame tu corazón, oh María]» (*Tratado de la verdadera devoción a la Santísima Virgen*, n. 266).

Hablando de la *multitud de beatos y santos* proclamados por Juan Pablo II, Benedicto XVI subraya uno de los aspectos más característicos de su pontificado, que es el elevadísimo número de beatificaciones y canonizaciones. En efecto, Juan Pablo II proclamó 1345 nuevos beatos y 482 nuevos santos. No se trata de una exageración, sino de la más profunda fidelidad al Concilio, con la intención de dar ejemplos luminosos de santidad en todos los estados de vida, en todas las partes del mundo y en las diversas culturas, en el período más reciente, pero también en los siglos pasados.

Así, muchos mártires del siglo XX, víctimas de las persecuciones del nazismo y del comunismo, han sido beatificados o canonizados, por ejemplo, la figura emblemática de san Maximiliano Kolbe, y también muchos mártires del siglo XIX en Extremo Oriente, especialmente en Vietnam y Corea. También están los numerosos mártires de la revolución francesa y los mártires ingleses de siglos anteriores. Juan Pablo II subrayó la dimensión ecuménica del martirio: hay muchos mártires en las distintas Iglesias cristianas.

Muchos santos y beatos son de épocas más recientes, pero otros son más lejanos en el tiempo, como el indio mexicano Juan Diego, vidente de Nuestra Señora de Guadalupe en el siglo XVI. Entre las figuras más conocidas y queridas hoy en el mundo figuran san Pío de Pietrelcina y santa Teresa de Calcuta. Juan Pablo II hizo especial hincapié en la santidad de los laicos, algunos de ellos muy jóvenes, como los niños videntes de Fátima, Jacinta y Francisco, de 9 y 10 años. También se subraya la santidad de los niños más pequeños, como la Venerable Antonietta Meo, que murió a los 6 años, y de jóvenes como la beata Chiara Luce Badano, que murió a los 18 años (la primera beata del Movimiento de los Focolares) y el beato Carlo Acutis, que murió a los 15 años, jamante de Jesús en la Eucaristía y «ángel del ordenador»!

Una gran novedad fue la beatificación de dos recién casados, Luigi y Maria Beltrame Quattrocchi, el 21 de octubre de 2001. Sus dos hijos sacerdotes concelebraron con el Papa en la misa de beatificación de sus padres. Por cierto, en 2021, el papa Francisco reconoció las virtudes heroicas de su última hija, Enrichetta.

Esta primera beatificación abrió un camino. Así, Louis y Zelie Martin, padres de santa Teresa de Lisieux, fueron beatificados por Benedicto XVI y canonizados por el papa Francisco. Ahora son muchas las causas de beatificación de cónyuges. El papa Francisco ya ha reconocido las virtudes heroicas de dos parejas: en el siglo XIX, Carlo Tancredi y Giulia, marqueses de Barolo, y en el siglo XX, Sergio y Domenica Bernardini. En estos casos, hay que examinar cuidadosamente la vida de cada uno de los cónyuges,

porque uno de ellos podría ser santo y el otro no (como, por ejemplo, la madre de san Agustín, Santa Mónica, mientras que su marido Patricio era un pecador). Pero cuando los dos son santos, se ve una santidad común, una santidad de la pareja que no es una simple suma, sino una multiplicación de la santidad de los dos esposos. A la luz de estos santos esposos, hay que superar una concepción demasiado individualista, con una nueva reflexión teológica sobre la santidad común de la pareja, en la gracia del sacramento del matrimonio. En el nuevo Misal Romano, sigue faltando una Misa especial para los matrimonios en la Comuna de los Santos.

Benedicto XVI, en el texto citado más arriba, tras recordar esta *serie de beatos y santos*, destaca el camino de santidad de su predecesor a la luz del capítulo VIII de la *Lumen Gentium*, sobre *María en el misterio de Cristo y de la Iglesia*. Es el camino de toda la vida de Karol Wojtyła vivido con María, siguiendo este «hilo mariano». El escudo es la representación simbólica del texto del evangelio según san Juan sobre la presencia de María junto a la cruz de su Hijo, mientras que el lema *Totus tuus* resume la espiritualidad cristocéntrica y mariana de san Luis María Grignion de Montfort que iluminó la vida del Pontífice polaco desde los 20 años hasta su muerte. De hecho, durante los dramáticos años de la ocupación nazi, cuando el joven Karol tuvo que trabajar como obrero para evitar la deportación a Alemania, un laico salesiano, el venerable Jan Tyranowski, le había regalado la obra maestra de Montfort: el *Tratado de la verdadera devoción a la Santísima Virgen*, que luego releería y meditaría continuamente.

El texto latino citado por el papa Benedicto se encuentra en el final eucarístico del *Tratado* (nn. 266-273), cuando san Luis María invita a los fieles a experimentar la Santa Comunión con María. Aquí el *Totus tuus* se dirige a María para que reciba a Jesús con su corazón. Las palabras: «*accipio te in mea omnia*» («te tomo por todo mi bien») son una apropiación personal del texto del evangelio según san Juan en la traducción latina de san Jerónimo: «*accepit eam discipulus in sua*» («el discípulo la acogió

consigo»). En la entrega total de sí mismo a María y a Jesús a través de ella, el discípulo acepta plenamente el don maravilloso que Jesús le hace de su propia madre. Así, a la luz de este texto evangélico, san Luis María propone a todos los miembros del Pueblo de Dios, especialmente a los más pequeños y pobres, un camino de santidad que consiste en vivir plenamente la gracia del Bautismo en el don continuo de sí a Jesús por María, en una gran dinámica que va del bautismo a la eucaristía. Las mismas palabras en latín, que son la expresión más breve de la consagración monfortiana, fueron copiadas continuamente por Karol Wojtyła en las primeras páginas de sus manuscritos, desde la época del seminario clandestino hasta todo su pontificado.

Montfort, llamado por Juan Pablo II «teólogo de clase» (*Don y misterio*, pp. 38-39), tenía una concepción muy clara de la vocación universal a la santidad. En el *Secreto de María*, que resume todo su *tratado*, afirma:

Alma, imagen viva de Dios y redimida por la sangre preciosa de Cristo, la voluntad de Dios es que llegues a ser santa como Él en esta vida y gloriosa como Él en la otra. La adquisición de la santidad de Dios es tu vocación segura. A ello deben tender tus pensamientos, palabras, obras, sufrimientos, aspiraciones, pues de otro modo resistes a Dios no haciendo aquello para lo que te ha creado y te conserva (n. 3).

Aquí, la vocación universal a la santidad encuentra su fundamento en los misterios de la creación y de la redención. Todo ser humano es un alma creada a imagen de Dios y redimida por la sangre de Cristo. Por tanto, la vocación a la santidad es de todos los hombres, no sólo de los cristianos. En la fe y en los sacramentos de la Iglesia, el cristiano encuentra todos los medios para responder a esta vocación, pero el Señor y Salvador no abandona a los demás hombres, ofreciendo a todo hombre la posibilidad de recibir su salvación (cf. LG 16).

En su *Carta a los religiosos y religiosas de las familias monfortianas* del 8 de diciembre de 2003, Juan Pablo II ofreció una bella síntesis de la espiritualidad de san Luis María a la luz del Concilio, citando el texto de la *Lumen Gentium* y varios pasajes del *Tratado de la verdadera devoción* y del *Secreto de María*. En la primera parte de esta *Carta* (n. 2 y 3), María es contemplada en el Misterio de Cristo y de la Iglesia, totalmente relativa a Cristo y a la Iglesia, con una fuerte insistencia en el carácter cristocéntrico de la verdadera devoción a María y en su dimensión eclesial. La segunda parte destaca el camino de santidad vivido con María en la Iglesia, compartiendo su caridad, fe y esperanza, con las expresiones del concilio: *santidad, perfección de la caridad* (n. 4), «*peregrinación de la fe*» (n. 5) y *signo de esperanza segura* (n. 6).

Catequesis de Benedicto XVI sobre los santos

También bajo el pontificado de Benedicto XVI se han producido numerosas beatificaciones y canonizaciones. El Papa teólogo ha aportado una importante contribución en sus numerosas catequesis sobre los santos, en las audiencias generales de los miércoles, revisando la historia de la Iglesia como historia de santidad: después de los Apóstoles, se consideran los Padres de la Iglesia, los santos de la Edad Media y de los tiempos modernos, con especial atención a las mujeres y a los doctores de la Iglesia.

Tras su última catequesis sobre Santa Teresa de Lisieux, Doctora de la Iglesia y patrona de las misiones, Benedicto XVI ofreció una hermosa conclusión en la Audiencia general del 13 de abril de 2011, insistiendo en el papel cristocéntrico de los santos, para guiarnos hacia Jesús, siempre vivo y presente en su Iglesia:

En las audiencias generales de estos dos últimos años nos han acompañado las figuras de tantos santos y santas: hemos aprendido a

conocerlos más de cerca y a comprender que toda la historia de la Iglesia está marcada por estos hombres y mujeres que con su fe, con su caridad, con su vida han sido faros para tantas generaciones, y lo son también para nosotros. Los santos manifiestan de diversos modos la presencia poderosa y transformadora del Resucitado; dejaron que Cristo se adueñara tan plenamente de sus vidas que pudieron afirmar con San Pablo: «Ya no vivo yo, sino que Cristo vive en mí» (Ga 2, 20). Seguir su ejemplo, recurrir a su intercesión, entrar en comunión con ellos, «nos une a Cristo, de quien, como de la fuente y de la cabeza, mana toda la gracia y toda la vida del mismo pueblo de Dios» (LG 50). Al final de este ciclo de catequesis, quisiera ofrecer algunas reflexiones sobre lo que es la santidad.

Recordando siempre la enseñanza del Concilio sobre la vocación universal a la santidad, el Papa insiste en el aspecto principal de la santidad, que es la vida en Cristo Jesús, la transformación progresiva en Él.

A continuación, Benedicto XVI explica que la santidad no es principalmente el resultado de nuestro propio esfuerzo, sino el desarrollo de la gracia del Bautismo que nos injerta en el Misterio Pascual de Cristo. Siguiendo la enseñanza del Concilio, el Papa caracteriza la santidad como «caridad plenamente vivida», tratando de acercar esta enseñanza a nuestra vida cotidiana.

Los santos conocidos y celebrados durante el año litúrgico representan todos los estados de vida, todas las diferentes vocaciones plenamente vividas. Pero también están todos los demás santos no canonizados, los «santos de la puerta de al lado» de los que hablará el papa Francisco:

La Iglesia, durante el año litúrgico, nos invita a recordar a una multitud de santos, es decir, aquellos que vivieron plenamente la caridad, supieron amar y seguir a Cristo en su vida cotidiana. Ellos nos dicen que es posible para todos recorrer este camino. En cada época de

la historia de la Iglesia, en cada latitud de la geografía mundial, los santos pertenecen a cada época y a cada estado de vida, son rostros concretos de cada pueblo, lengua y nación. Y son de tipos muy diferentes. De hecho, debo decir que incluso para mi fe personal muchos santos, no todos, son verdaderas estrellas en el firmamento de la historia. Y me gustaría añadir que, para mí, no sólo algunos de los grandes santos que amo y conozco bien son «marcadores de camino», sino también los santos sencillos, es decir, la gente buena que veo en mi vida, que nunca serán canonizados. Son personas corrientes, por así decirlo, sin heroísmo visible, pero en su bondad cotidiana veo la verdad de la fe. Esta bondad, que han madurado en la fe de la Iglesia, es para mí la apología más segura del cristianismo y el signo de dónde está la verdad. En la comunión de los santos, canonizados y no canonizados, que la Iglesia vive gracias a Cristo en todos sus miembros, gozamos de su presencia y de su compañía y cultivamos la firme esperanza de que un día podremos imitar su camino y compartir la misma vida bienaventurada, la vida eterna.

La exhortación apostólica Gaudete et Exsultate del papa Francisco

El 19 de marzo de 2018, en la solemnidad de San José, el papa Francisco publicó su exhortación apostólica *Gaudete et exsultate* «sobre la llamada a la santidad en el mundo contemporáneo». Es sin duda uno de los textos más importantes de nuestro Papa, en las grandes perspectivas de la *Evangelii gaudium*. Es un texto largo y rico, dividido en cinco capítulos: *La llamada a la santidad* (I), *Dos sutiles enemigos de la santidad* (II), *A la luz del Maestro* (III), *Algunas características de la santidad en el mundo de hoy* (IV), *Combate, vigilancia y discernimiento* (V).

Siempre en la continuidad de la Tradición viva de la Iglesia, el papa Francisco ofrece un nuevo desarrollo de nuestro tema con un fuerte énfasis en la

dimensión comunitaria, y no sólo personal, de la santidad. Es la santidad del Pueblo de Dios, del «Santo Pueblo fiel de Dios», que no se limita a los santos conocidos, sino que incluye a todos «los santos de la puerta de al lado»:

No pensemos sólo en los ya beatificados o canonizados. El Espíritu Santo derrama santidad por doquier en el Santo Pueblo fiel de Dios, porque «Dios quiso santificar y salvar a los hombres no individualmente y sin conexión entre ellos, sino que quiso constituir de ellos un pueblo, que le reconociera según la verdad y le sirviera en santidad». El Señor, en la historia de la salvación, salvó a un pueblo. No hay identidad plena sin pertenencia a un pueblo. Por eso, nadie se salva solo, como individuo aislado, sino que Dios nos atrae teniendo en cuenta la compleja trama de relaciones interpersonales que se establecen en la comunidad humana: Dios ha querido entrar en una dinámica popular, en la dinámica de un pueblo. Me gusta ver la santidad en el Pueblo paciente de Dios: en los padres que crían a sus hijos con tanto amor, en los hombres y mujeres que trabajan para llevar el pan a casa, en los enfermos, en los religiosos ancianos que no dejan de sonreír. En esta constancia para seguir adelante día tras día veo la santidad de la Iglesia militante. Es tantas veces la santidad «de la puerta de al lado», de los que viven cerca de nosotros y son un reflejo de la presencia de Dios, o, por utilizar otra expresión, «la clase media de la santidad» (GE 6-7).

Una de las «características de la santidad en el mundo de hoy» es precisamente este aspecto comunitario, recordado a menudo por el Papa, frente a la fuerte tentación del individualismo contemporáneo. Nos ofrece el ejemplo de comunidades de mártires, pero también simplemente de santos esposos: «Hay muchos matrimonios santos, en los que cada uno de los cónyuges ha sido instrumento para la santificación del otro» (GE 141). El ejemplo más

perfecto de esta santidad comunitaria es la Sagrada Familia de Nazaret: «La Santa comunidad que formaron Jesús, María y José, donde se reflejó de modo paradigmático la belleza de la comunión trinitaria» (GE 143).

En la *Lumen Gentium*, la vocación de todos a la santidad está iluminada por la presencia y el ejemplo de María. En el espíritu del Concilio, el papa Francisco concluye su texto con María, en el mismo tono sencillo, familiar y popular:

Deseo que María corone estas reflexiones, porque ella vivió como nadie las bienaventuranzas de Jesús. Ella es la que saltó de alegría en presencia de Dios, la que guardó todo en su corazón y se dejó atravesar por la espada. Ella es la santa entre las santas, la más bendita, la que nos muestra el camino de la santidad y nos acompaña. Ella no acepta que cuando caemos nos quedemos en el suelo y a veces nos lleva en brazos sin juzgarnos. Conversar con Ella nos consuela, nos libera y nos santifica. La Madre no necesita muchas palabras, no necesita que nos esforcemos en explicarle lo que nos pasa. Basta con susurrarle una y otra vez: «Dios te salve, oh María» (GE 176).

TERESA DE LISIEUX, MAESTRA DE SANTIDAD PARA TODOS

Santa Teresa de Lisieux fue proclamada Patrona de las Misiones por Pío XI en 1927 y Doctora de la Iglesia por Juan Pablo II en 1997. La «pequeña Teresa» es una de las más grandes maestras de santidad para todo el Pueblo de Dios, iluminando para todos el camino de la santidad como un «una pequeña vía de confianza y amor», accesible y practicable para los más pequeños, pobres y pecadores. Su luminoso testimonio ha conmovido también a tantas personas, más allá de las fronteras de la Iglesia y del cristianismo, que hoy la UNESCO la honra como figura ejemplar para toda la humanidad.

Al relatar su experiencia en su obra principal, *Historia de un alma*, Teresa ilumina con amor toda la verdad de nuestra fe católica, y también la belleza de la vida cristiana plenamente vivida en santidad. Este libro suyo, traducido a todas las lenguas, reúne los tres Manuscritos Autobiográficos (A, B y C) y dos oraciones esenciales de la Santa: la Oración en el día de la Profesión y el Acto de Ofrenda al Amor Misericordioso. Sus otros escritos son *Cartas* (LT), *Poemas* (P), *Pías Recreaciones* (PR) y *Oraciones* (Pr). *Historia de un alma* es un auténtico manual de santidad que debe releerse a la luz del Concilio, como hizo Juan Pablo II con el *Tratado de Montfort*. A semejanza de la catequesis de Juan Pablo I, en la *Historia de un alma* vemos

los principales «ingredientes» de la santidad, que son la humildad, la fe, la esperanza y la caridad.

Este libro es el breve relato de la vida de una joven carmelita francesa que murió a los 24 años el 30 de septiembre de 1897. Sin embargo, en su extrema sencillez y aparente banalidad, sin nada extraordinario, el texto de Teresa es fascinante porque es la historia de su vida en Cristo Jesús, iluminada y transfigurada por el amor de Jesús. Historia de un alma es una historia de amor, del amor más grande y hermoso del que todo corazón humano está sediento, es el amor divino y humano de Jesús. Las dos palabras más frecuentes en los escritos de Teresa son el nombre de Jesús (dos veces más frecuente que el de Dios) y la palabra «amor» (junto con las declinaciones del verbo «amar»). La Santa comparte con sus lectores la certeza de que este amor infinito y misericordioso se ofrece a todos y cada uno como si fuera único en el mundo.

«La caridad todo lo cree y todo lo espera» (1 Cor 13,7). A la luz de esta afirmación de San Pablo, podemos considerar el camino de santidad recorrido por Teresa y propuesto por ella a todos como un camino de amor, fe y esperanza.

La caridad como amor infinito en la extrema pequeñez

En la Historia de un alma, el mayor texto sobre el amor es el Segundo Manuscrito Autobiográfico (Ms B). Se trata de una larga oración a Jesús en la que Teresa revela la inmensidad de su deseo de amarle no sólo en su vocación de carmelita, sino también en todas las vocaciones, en todos los lugares y en todos los tiempos, como sacerdote, misionera y mártir, lo que parece absolutamente inalcanzable (Ms B, 2v-3r).

Sin embargo, Teresa no se detiene y busca una respuesta en el texto de la Sagrada Escritura, leído en la oración. Así, lee un texto de San Pablo, pero también se refiere al relato del encuentro de Jesús resucitado con María Magdalena en el Evangelio según san Juan (Jn 20, 11-18):

En la oración, mis deseos me hicieron sufrir un verdadero martirio; abrí las epístolas de San Pablo para buscar algunas respuestas. Los capítulos XII y XIII de la Primera Carta a los Corintios cayeron ante mis ojos. En el primero leí que no todo el mundo puede ser apóstol, profeta, médico, etc..., que la Iglesia se compone de diferentes miembros y que el ojo no podía ser al mismo tiempo la mano. La respuesta era clara pero no satisfacía mis deseos, no me daba paz. Al igual que la Magdalena se inclinaba continuamente sobre la tumba vacía y encontraba lo que buscaba, así, rebajándome hasta el fondo de mi nada, me elevé tan alto que pude alcanzar mi meta... Sin desanimarme seguí leyendo, y esta frase me animó: «Busquen ardientemente los dones más perfectos, pero yo también les mostraré un camino más excelente». Y el Apóstol explica cómo todos los dones más perfectos no son nada sin el Amor... Que la caridad es el camino excelente que conduce con seguridad a Dios. Por fin había encontrado descanso... Considerando el cuerpo místico de la Iglesia, no me había reconocido en ninguno de los miembros descritos por San Pablo, o más bien quería reconocirme en todos ellos. La caridad me dio la clave de mi vocación. Comprendí que si la Iglesia tenía un cuerpo, compuesto de diferentes miembros, no faltaba el más necesario, el más noble de todos, comprendí que la Iglesia tenía un Corazón y que este Corazón ardía de Amor. Comprendí que sólo el Amor hacía actuar a los miembros de la Iglesia, que si el Amor se extinguiera, los Apóstoles ya no proclamarían el Evangelio, los mártires se negarían a derramar su sangre... Comprendí que el Amor abarcaba todas las vocaciones, que el Amor lo era todo, que abrazaba todos los tiempos y todos los lugares... En resumen, ¡que es Eterno! Entonces [...] exclamé: ¡Oh Jesús Amor mío... por fin he encontrado mi vocación, mi vocación es el Amor! Sí, he encontrado mi lugar en la Iglesia y este lugar, oh Dios mío, eres tú quien me lo ha dado... en el Corazón de la Iglesia, Madre mía, seré Amor... ¡Así lo seré todo! (Ms B, 3rv).

De hecho, el capítulo 12 de la Primera Carta a los Corintios presenta las diferentes vocaciones en la Iglesia con el símbolo de los diferentes miembros del cuerpo humano. Esto corresponde exactamente a los capítulos III, IV y VI de *Lumen Gentium*. En la búsqueda de Teresa, la aceptación de esta verdad se compara con el descubrimiento de la tumba vacía en la experiencia de Magdalena en la mañana de Pascua. Continuando la búsqueda, se produce para Magdalena el encuentro con el Resucitado, y para Teresa el gran descubrimiento del corazón de la Iglesia. La genial intuición de la Santa es extender el simbolismo del cuerpo y de los miembros en el himno de Pablo a la caridad en el capítulo 13 de 1 Cor. Y esto recuerda nuestro capítulo V de la *Lumen Gentium* sobre la vocación universal a la santidad, es decir, a la perfección de la caridad, a la plenitud del amor. Todo cristiano, y también todo hombre, puede hacer suya la exclamación de Teresa: «Mi vocación es el amor». Es la gran vocación que anima y da sentido a todas las vocaciones particulares.

La caridad es el amor divino como totalidad e infinitud ya dado en esta vida, en el corazón de la Iglesia peregrina, donde es verdaderamente santo. Teresa sabe que este gran descubrimiento suyo es para todas las almas menores, para conducir las a la «cumbre del monte del Amor» (Ms B, 1v), según el simbolismo de san Juan de la Cruz. Más adelante, la Santa explica cómo esta inmensidad de amor la experimenta en las cosas más pequeñas de la vida cotidiana, comparándose con un niño pequeño que lanza flores mientras canta. En las manos de Jesús, las cosas más pequeñas adquieren un «valor infinito» en la comunión de toda la Iglesia, en la tierra, en el cielo y en el purgatorio (Ms B, 4v). El amor de Dios plenamente revelado y entregado en Jesús es el amor misericordioso que se rebaja hasta el extremo en los misterios de la Encarnación, la Pasión y la Eucaristía, haciéndose pequeño por la salvación de todos. Teresa da la expresión más bella de esto en su última Carta (LT 266), que es como su testamento espiritual. Es un cuadro pintado por ella para un futuro sacerdote misionero, el seminarista Maurice

Bellièrre, su primer hermano espiritual, que representa al Niño Jesús en la hostia consagrada en manos del sacerdote, con estas sencillas palabras: «No puedo temer a un Dios que se ha hecho tan pequeño por mí. Le amo, porque sólo es amor y misericordia». Para Teresa, como para Francisco de Asís, la Eucaristía es el sacramento de la pequeñez y de la pobreza de Dios, la máxima expresión de su amor por nosotros. Hace verdaderamente presentes la Encarnación y la Pascua para suscitar nuestra respuesta de confianza y amor. Más cercana a Jesús en todos sus misterios, la Virgen María es la más grande en el reino de los cielos porque fue la más pequeña (cf. Mt 18, 4). Así la contempla Teresa a través del Evangelio en su último poema titulado Por qué te amo, oh María (P 54).

El amor de Jesús anima y llena toda la vida de Teresa. Para ella, vivir es «vivir de Amor», como canta en uno de sus más bellos poemas (P 17). El acto de amor: «Jesús, te amo», es como su respiración continua, como el latido de su corazón. No es un mero sentimiento humano, sino que es precisamente el amor divino que el Espíritu Santo derrama en nuestros corazones para llevarnos a toda la comunión de la Trinidad, según las palabras de Teresa: «Ah, tú lo sabes, divino Jesús te amo/ El Espíritu de Amor me enciende/Amándote atraigo al Padre» (P 17 str2). En medio de los mayores sufrimientos del cuerpo y del alma, la Santa escribe uno de sus últimos poemas titulado: «Mi alegría» (P 45). En el último verso da el secreto: «¡Jesús, mi alegría es amarte!»

En una carta de la misma época, Teresa revela el sentido de toda su vida y misión en el cielo y en la tierra con estas sencillas palabras: «Amar a Jesús y hacerlo amar» (LT 220). Las últimas páginas de la Historia de un alma, al final del tercer Manuscrito autobiográfico (Ms C, 33v-37r), expresan el mismo dinamismo misionero del amor, cuando la santa comenta las palabras dirigidas por la esposa a su esposo en el Cantar de los Cantares: «Atráeme, correremos» (Cant 1,3). Teresa pide a Jesús que la atraiga al fuego de su amor hasta hacerla incandescente, y esto para atraer hacia Él a todas las al-

mas que se le acerquen. Según el papa Francisco, este es el verdadero modo de evangelizar «por atracción» (Evangelii Gaudium, n. 14).

Es la belleza infinita del amor de Jesús la que resplandece en Teresa. Su testimonio fuerte y atractivo es la belleza fascinante de una mujer plenamente realizada en el amor, en todas las dimensiones más profundas de su feminidad, como esposa y madre, hija y hermana.

Plenamente mujer, Teresa es esposa de Jesús y madre de las almas, hija del Padre y de María, hermana de todos, tanto de los más cercanos como de los más lejanos: de las religiosas y misioneras, e incluso de los ateos del mundo moderno, convirtiéndose verdaderamente en una «hermana universal». La infancia espiritual es la expresión más típica del amor filial en el corazón de Teresa, como hija/niña (enfant) llena de confianza.

Verdad y oscuridad de la fe

Jesús es el Camino, la Verdad y la Vida (cf. Jn 14,6). En el amor, Teresa hace resplandecer toda la verdad de nuestra fe cristiana en un lenguaje sencillo, claro y preciso, capaz de tocar el corazón e iluminar la mente. Así, todos los contenidos de nuestro Credo se expresan en la Historia de un alma y se sintetizan perfectamente en la unidad del Misterio de Jesús, contemplado como verdadero Dios y verdadero hombre en el centro de la Trinidad, entre el Padre y el Espíritu Santo, en la obra de la creación y de la salvación, nacido de la Virgen María por obra del Espíritu Santo, siempre presente y operante en su Santa Iglesia a través del bautismo y de los demás sacramentos.

La divinidad única que Jesús posee eternamente con el Padre y el Espíritu Santo es contemplada por Teresa a través del atributo de la misericordia, inseparable de la justicia: «¡A mí me ha dado su Infinita Misericordia y por ella contemplo y adoro las demás perfecciones divinas! Entonces todas me parecen radiantes de amor, incluso la justicia (y quizá más que ninguna otra) me parece revestida de Amor» (Ms A, 83v).

Esponáneamente, Teresa encuentra la doctrina de san Pablo en la Epístola a los Romanos sobre la justicia de Dios que no juzga al hombre pecador, sino que lo justifica gratuitamente por la sangre de Jesús (cf. Rom 3,21-26). Es una justicia totalmente misericordiosa, porque en Dios justicia y misericordia son realmente la misma cosa, es decir, su naturaleza o esencia (como todos los demás atributos divinos). Teresa es por excelencia la doctora de la misericordia divina, seguida de otras santas y santos, como santa Faustina Kowalska.

Jesús amado y contemplado por Teresa es siempre la Persona divina del Verbo encarnado, el Dios-Hombre, que no pierde su divinidad al asumir nuestra humanidad. Así, el niño pequeño y frágil en brazos de María es al mismo tiempo el Creador del universo que ya ve y quiere su pasión redentora por amor a nosotros, a cada uno de nosotros a quienes conoce y ama personalmente.

En la Pascua de 1896, Teresa entra en su pasión, una pasión del cuerpo con la enfermedad y, sobre todo, una pasión del alma con la dolorosa prueba de fe relatada por ella al comienzo del Tercer Manuscrito Autobiográfico (Ms C, 4r-7v). En unión con María en la pasión de Jesús, nuestra santa experimenta una profunda kénosis de la fe. Esta fuerte expresión utilizada por san Juan Pablo II sobre María junto a la cruz de Jesús (Redemptoris Mater, n. 18) no significa la pérdida de la fe, sino al contrario, la fe más probada y más heroica. Teresa no tiene dudas, sino fuertes tentaciones contra la fe en la existencia del cielo. En sus palabras, el mismo Jesús «dejó invadir su alma por las tinieblas más espesas», y son precisamente las tinieblas del ateísmo moderno. En efecto, la santa vive a finales del siglo XIX, que fue la edad de oro del ateísmo filosófico y militante (Karl Marx, Friedrich Nietzsche y todas las formas de materialismo). Teresa renueva continuamente su acto de fe, escribiendo el Credo con su propia sangre, rezando con plena confianza por la salvación de todos los ateos del mundo moderno, creyendo y esperando el cielo para ellos. Los llama «hermanos» y acepta sentarse a su mesa, como hizo Jesús con los pecadores (cf. Mt 9, 10-13). Junto con María Santísima, Teresa es un ejemplo de fe para todo el Pueblo de Dios.

La esperanza ilimitada de salvación y santidad

Por último, la mayor aportación de Teresa se refiere a la esperanza, con nuevos horizontes y nuevas perspectivas, como esperanza ilimitada de salvación y santidad. Es también su mensaje más oportuno en un momento de gran sufrimiento para la Iglesia y para toda la humanidad. En sus escritos, la esperanza se expresa más frecuentemente con la palabra *confiance* (confianza, seguridad), siempre inseparable de la fe y del amor. Es «la confianza que sólo ella conduce al Amor» (LT 197) y que se apoya en la fe en la misericordia divina revelada y donada en Cristo Jesús.

Teresa experimenta y enseña una esperanza nueva, ilimitada, en la misericordia infinita de Jesús para la salvación eterna de todos, especialmente de los más alejados, de los más pecadores, de los más desesperados. Así, en *Historia de un alma*, relata la experiencia fundamental que tuvo a los 14 años, antes de entrar en el Carmelo, en una página estupenda que está en el centro del Primer Manuscrito Autobiográfico. Es el relato de su gracia en la Navidad de 1886 y de la salvación del criminal Pranzini (Ms A, 44r-46v) que manifiesta una profunda comunión con los misterios de la Encarnación y de la Redención. Durante una misa dominical, la joven fija su mirada en una sencilla imagen de Jesús crucificado, tomando la decisión de «estar al pie de la cruz» para recoger su sangre y comunicarla a las almas más necesitadas, es decir, a los grandes pecadores que se arriesgan a la muerte eterna del infierno.

Teresa oye hablar entonces de un gran criminal condenado a muerte e impenitente. De Jesús lo recibe como su «primer hijo», según su propia expresión. Es como la resonancia de la palabra de Jesús crucificado a María: «Mujer, ahí tienes a tu hijo» (Jn 19,26). Este «primer hijo» es el hombre aparentemente más desesperado. Y precisamente por él Teresa espera contra toda esperanza, consciente del peligro extremo de la muerte eterna. De hecho, escribe: «Quería evitar a toda costa que cayera en el infierno». Hace

celebrar Misa por él y reza por él con la certeza de que se salvará, incluso «sin confesión ni señal de arrepentimiento», y da la razón de ello: «tanta confianza tenía en la Infinita Misericordia de Jesús». Está segura de que, incluso sin ningún signo visible, abrirá su corazón en el último momento al amor misericordioso del Salvador. Es la afirmación más fuerte de la certeza de la esperanza como esperanza de otro. Sólo habrá una pequeña señal: Pranzini besará el crucifijo antes de ser guillotinado.

Esta esperanza extrema se extiende entonces a todas las almas, como vemos en la breve oración de Teresa el día de su profesión a los 17 años, el 8 de septiembre de 1890. En las últimas palabras de esta oración esencial, publicada al final de la Historia de un alma, se atreve a pedir a Jesús «que ninguna alma se condene hoy», añadiendo estas palabras: «Jesús, perdóname si digo cosas que no se deben decir: sólo quiero alegrarte y consolarte». En efecto, tal petición por la salvación eterna de todos los que mueren en este día se oponía a la opinión de que muchos van al infierno cada día. Es una oración que Teresa renovará cada día.

Doctora de la esperanza cristiana, nuestra Santa abre un horizonte ilimitado al Pueblo de Dios hasta el punto de esperar la salvación eterna para todos, expresando también de la manera más perfecta la doctrina católica sobre el infierno, es decir, la posibilidad para la libertad humana de rechazar para siempre la misericordia del Salvador. Es la misma doctrina propuesta por Benedicto XVI al final de su encíclica *Spe salvi* sobre el juicio de Dios como motivo de esperanza y no de temor (n. 41-48). Teresa acepta con toda su fuerza la afirmación de Pablo: «Dios quiere que todos los hombres se salven y lleguen al conocimiento de la verdad», y Cristo «se entregó a sí mismo como rescate por todos» (cf. 1 Tm 2,4-6).

Según Teresa, es María misma quien enseña a la Iglesia esa esperanza maternal tan segura para la salvación de su hijo más desesperado, con estas palabras: «Ten confianza en la Infinita Misericordia del Buen Dios; es tan grande que puede cancelar los mayores crímenes cuando encuentra un corazón

de madre que pone en ella toda su confianza» (PR 6, 10r). Es el corazón de María y el corazón de la Iglesia, el corazón de Teresa y especialmente de la mujer en la Iglesia, en esta dimensión de maternidad espiritual. La esperanza de la salvación es también la esperanza de la santidad para uno mismo y para todos, en todos los estados de vida, como gran amor en las pequeñas cosas de la vida cotidiana. Es precisamente «la pequeña vía de confianza y amor» como camino de santidad lo que Teresa enseña a toda la Iglesia, anticipando la enseñanza del Concilio sobre la vocación universal a la santidad.

Teresa comparte con todos nosotros su «audaz confianza en llegar a ser una gran santa» (Ms A, 32r). En esta vida, nunca es demasiado tarde para hacerse santo. Un gran pecador aún puede convertirse en un gran santo, incluso en el último momento, como el buen ladrón del relato evangélico (cf. Lc 23, 39-43). Aquí debemos citar las últimas líneas de la Historia de un alma:

Repito, llena de confianza, la humilde oración del publicano, pero sobre todo imito el comportamiento de María Magdalena, su asombrosa o más bien amorosa audacia que fascina al Corazón de Jesús, seduce el mío. Sí, lo siento, aunque tuviera sobre mi conciencia todos los pecados que se pueden cometer, iría, con el corazón destrozado por el arrepentimiento, a arrojarme en los brazos de Jesús, porque sé cuánto ama Él al hijo pródigo que vuelve a Él. No porque el buen Dios, en su misericordia preveniente haya preservado mi alma del pecado mortal, me levanto a Él con confianza y amor (Ms C, 36v37r).

La ofrenda al Amor Misericordioso

La Historia de un alma concluye con el acto de Ofrenda al Amor Misericordioso, pronunciado por Teresa el 9 de junio de 1895, en la fiesta de la Santísima Trinidad, que compartió inmediatamente con sus hermanas, y

después con todos los bautizados. La Ofrenda al Amor Misericordioso de Teresa es similar a la Consagración a Jesús por María enseñada por San Luis María Grignon de Montfort en su Tratado sobre la verdadera devoción a la Santísima Virgen, con la misma referencia a los sacramentos del Bautismo y la Eucaristía. Es el mismo Totus Tuus de San Juan Pablo II.

En respuesta al amor del Padre que nos dio a su Hijo y el Espíritu de su Hijo, la Santa se ofrece al Padre por medio del Hijo en el Espíritu Santo, por el rostro humano y el corazón del Hijo en el fuego del Espíritu Santo, como víctima del holocausto. Teresa «abandona» (es decir, confía totalmente) su ofrenda a María, expresando sus dos mayores deseos: «Salvar a las almas de la tierra», es decir, a todas las almas, y santiguarse personalmente. También hay una referencia explícita a la comunión eucarística, central en la vida de Teresa, con la petición de mantener continuamente la presencia de Jesús en su interior «como en el sagrario».

El símbolo bíblico de la víctima del holocausto expresa el don total de sí en la perspectiva del sacerdocio bautismal. Mirando a María, Teresa aprendió esta definición del verdadero amor: «Amar es darlo todo y entregarse» (P 54, str22). Con María y como María hay que entregarse por entero al fuego del Espíritu Santo para abrir el corazón a la abundancia del agua viva del mismo Espíritu: «Para vivir en un acto de Amor perfecto, me ofrezco como víctima de holocausto a tu Amor misericordioso, suplicándote que me consumas sin cesar, dejando desbordar en mi alma las olas de infinita ternura que en ti se encierran, para que me convierta en Mártir de tu Amor, ¡oh Dios mío!» (P 54, str 22).

CAPÍTULO V UNIVERSAL VOCACIÓN A LA SANTIDAD EN LA IGLESIA

39. La Iglesia, cuyo misterio está exponiendo el sagrado Concilio, creemos que es indefectiblemente Santa. Pues Cristo, el Hijo de Dios, quien con el Padre y el Espíritu Santo es proclamado «el único Santo», amó a la Iglesia como a su esposa, entregándose a Sí mismo por ella para santificarla (cf. Ef 5,25-26), la unió a Sí como su propio cuerpo y la enriqueció con el don del Espíritu Santo para gloria de Dios. Por ello, en la Iglesia, todos, lo mismo quienes pertenecen a la Jerarquía que los apacentados por ella, están llamados a la santidad, según aquello del Apóstol: «Porgue ésta es la voluntad de Dios, vuestra santificación» (1 Ts 4, 3; cf. Ef 1, 4). Esta santidad de la Iglesia se manifiesta y sin cesar debe manifestarse en los frutos de gracia que el Espíritu produce en los fieles. Se expresa multiformemente en cada uno de los que, con edificación de los demás, se acercan a la perfección de la caridad en su propio género de vida; de manera singular aparece en la práctica de los comúnmente llamados consejos evangélicos. Esta práctica de los consejos, que, por impulso del Espíritu Santo, muchos cristianos han abrazado tanto en privado como en una condición o estado aceptado por la Iglesia, proporciona al mundo y debe proporcionarle un espléndido testimonio y ejemplo de esa santidad.

40. El divino Maestro y Modelo de toda perfección, el Señor Jesús, predicó a todos y cada uno de sus discípulos, cualquiera que fuese su condición, la santidad de vida, de la que Él es iniciador y consumidor: «Sean, pues, ustedes perfectos, como su Padre celestial es perfecto» (Mt 5, 48). Envío a todos el Espíritu Santo para que los mueva interiormente a amar a Dios con todo el corazón, con toda el alma, con toda la mente y con todas las fuerzas (cf. Mt 12,30) y a amarse mutuamente como Cristo les amó (cf. Jn 13,34; 15,12). Los seguidores de Cristo, llamados por Dios no en razón de sus obras, sino en virtud del designio y gracia divinos y justificados en el Señor Jesús, han sido hechos por el bautismo, sacramento de la fe, verdaderos hijos de Dios y partícipes de la divina naturaleza, y, por lo mismo, realmente santos. En consecuencia, es necesario que con la ayuda de Dios conserven y perfeccionen en su vida la santificación que recibieron. El Apóstol les amonesta a vivir «como conviene a los santos» (Ef 5, 3) y que como «elegidos de Dios, santos y amados, se revistan de entrañas de misericordia, benignidad, humildad, modestia, paciencia» (Col 3, 12) y produzcan los frutos del Espíritu para la santificación (cf. Ga 5, 22; Rm 6, 22). Pero como todos caemos en muchas faltas (cf. St 3,2), continuamente necesitamos la misericordia de Dios y todos los días debemos orar: «Perdónanos nuestras deudas» (Mt 6, 12).

Es, pues, completamente claro que todos los fieles, de cualquier estado o condición, están llamados a la plenitud de la vida cristiana y a la perfección de la caridad, y esta santidad suscita un nivel de vida más humano incluso en la sociedad terrena. En el logro de esta perfección empeñen los fieles las fuerzas recibidas según la medida de la donación de Cristo, a fin de que, siguiendo sus huellas y hechos conformes a su imagen, obedeciendo en todo a la voluntad del Padre, se entreguen con toda su alma a la gloria de Dios y al servicio del prójimo. Así, la santidad del Pueblo de Dios producirá abundantes frutos, como brillantemente lo demuestra la historia de la Iglesia con la vida de tantos santos.

41. Una misma es la santidad que cultivan, en los múltiples géneros de vida y ocupaciones, todos los que son guiados por el Espíritu de Dios, y obedientes a la voz del Padre, adorándole en espíritu y verdad, siguen a Cristo pobre, humilde y cargado con la cruz, a fin de merecer ser hechos partícipes de su gloria. Pero cada uno debe caminar sin vacilación por el camino de la fe viva, que engendra la esperanza y obra por la caridad, según los dones y funciones que le son propios.

En primer lugar es necesario que los pastores de la grey de Cristo, a imagen del sumo y eterno Sacerdote, Pastor y Obispo de nuestras almas, desempeñen su ministerio santamente y con entusiasmo, humildemente y con fortaleza. Así cumplido, ese ministerio será también para ellos un magnífico medio de santificación. Los elegidos para la plenitud del sacerdocio son dotados de la gracia sacramental, con la que, orando, ofreciendo el sacrificio y predicando, por medio de todo tipo de preocupación episcopal y de servicio, puedan cumplir perfectamente el cargo de la caridad pastoral. No teman entregar su vida por las ovejas, y, hechos modelo para la grey (cf. 1 P 5,3), estimulen a la Iglesia, con su ejemplo, a una santidad cada día mayor.

Los presbíteros, a semejanza del orden de los obispos, cuya corona espiritual forman al participar de su gracia ministerial por Cristo, eterno y único Mediador, crezcan en el amor de Dios y del prójimo por el diario desempeño de su oficio. Conserve el vínculo de la comunión sacerdotal, abunden en todo bien espiritual y sean para todos un vivo testimonio de Dios, émulos de aquellos sacerdotes que en el decurso de los siglos, con frecuencia en un servicio humilde y oculto, dejaron un preclaro ejemplo de santidad, cuya alabanza se difunde en la Iglesia de Dios. Mientras oran y ofrecen el sacrificio, como es su deber, por los propios fieles y por todo el Pueblo de Dios, sean conscientes de lo que hacen e imiten lo que traen entre manos; las preocupaciones apostólicas, los peligros y contratiempos, no sólo no les

sean un obstáculo, antes bien asciendan por ellos a una más alta santidad, alimentando y fomentando su acción en la abundancia de la contemplación para consuelo de toda la Iglesia de Dios. Todos los presbíteros y en especial aquellos que por el peculiar título de su ordenación son llamados sacerdotes diocesanos, tengan presente cuánto favorece a su santificación la fiel unión y generosa cooperación con su propio obispo.

También son partícipes de la misión y gracia del supremo Sacerdote, de un modo particular, los ministros de orden inferior. Ante todo, los diáconos, quienes, sirviendo a los misterios de Cristo y de la Iglesia deben conservarse inmunes de todo vicio, agradar a Dios y hacer acopio de todo bien ante los hombres (cf. 1 Tm 3,8-10 y 12-13). Los clérigos, que, llamados por el Señor y destinados a su servicio, se preparan, bajo la vigilancia de los pastores, para los deberes del ministerio, están obligados a ir adaptando su mentalidad y sus corazones a tan excelsa elección: asiduos en la oración, fervorosos en el amor, preocupados de continuo por todo lo que es verdadero, justo y decoroso, realizando todo para gloria y honor de Dios. A los cuales se añaden aquellos laicos elegidos por Dios que son llamados por el Obispo para que se entreguen por completo a las tareas apostólicas, y trabajan en el campo del Señor con fruto abundante.

Los esposos y padres cristianos, siguiendo su propio camino, mediante la fidelidad en el amor, deben sostenerse mutuamente en la gracia a lo largo de toda la vida e inculcar la doctrina cristiana y las virtudes evangélicas a los hijos amorosamente recibidos de Dios. De esta manera ofrecen a todos el ejemplo de un incansable y generoso amor, contribuyen al establecimiento de la fraternidad en la caridad y se constituyen en testigos y colaboradores de la fecundidad de la madre Iglesia, como símbolo y participación de aquel amor con que Cristo amó a su Esposa y se entregó a Sí mismo por ella. Ejemplo parecido lo proporcionan, de otro modo, quienes viven en estado

de viudez o de celibato, los cuales también pueden contribuir no poco a la santidad y a la actividad de la Iglesia. Aquellos que están dedicados a trabajos muchas veces fatigosos deben encontrar en esas ocupaciones humanas su propio perfeccionamiento, el medio de ayudar a sus conciudadanos y de contribuir a elevar el nivel de la sociedad entera y de la creación. Pero también es necesario que imiten en su activa caridad a Cristo, cuyas manos se ejercitaron en los trabajos manuales y que continúan trabajando en unión con el Padre para la salvación de todos. Gozosos en la esperanza, ayudándose unos a otros a llevar sus cargas, asciendan mediante su mismo trabajo diario, a una más alta santidad, incluso con proyección apostólica.

Sepan también que están especialmente unidos a Cristo, paciente por la salvación del mundo, aquellos que se encuentran oprimidos por la pobreza, la enfermedad, los achaques y otros muchos sufrimientos, o los que padecen persecución por la justicia. A ellos el Señor, en el Evangelio, les proclamó bienaventurados, y «el Dios de toda gracia, que nos llamó a su eterna gloria en Cristo Jesús, después de un breve padecer, los perfeccionará y afirmará, los fortalecerá y consolidará» (1 P 5, 10).

Por tanto, todos los fieles cristianos, en las condiciones, ocupaciones o circunstancias de su vida, y a través de todo eso, se santificarán más cada día si lo aceptan todo con fe de la mano del Padre celestial y colaboran con la voluntad divina, haciendo manifiesta a todos, incluso en su dedicación a las tareas temporales, la caridad con que Dios amó al mundo.

42. «Dios es caridad, y el que permanece en la caridad permanece en Dios y Dios en él» (1 Jn 4, 16). Y Dios difundió su caridad en nuestros corazones por el Espíritu Santo, que se nos ha dado (cf. Rm 5, 5). Por consiguiente, el primero y más imprescindible don es la caridad, con la que amamos a Dios sobre todas las cosas y al prójimo por Él. Pero, a fin de que la caridad crezca

en el alma como una buena semilla y fructifique, todo fiel debe escuchar de buena gana la Palabra de Dios y poner por obra su voluntad con la ayuda de la gracia. Participar frecuentemente en los sacramentos, sobre todo en la Eucaristía, y en las funciones sagradas. Aplicarse asiduamente a la oración, a la abnegación de sí mismo, al solícito servicio de los hermanos y al ejercicio de todas las virtudes. Pues la caridad, como vínculo de perfección y plenitud de la ley (cf. Col 3, 14; Rm 3, 10), rige todos los medios de santificación, los informa y los conduce a su fin. De ahí que la caridad para con Dios y para con el prójimo sea el signo distintivo del verdadero discípulo de Cristo.

Dado que Jesús, el Hijo de Dios, manifestó su amor entregando su vida por nosotros, nadie tiene mayor amor que el que entrega su vida por Él y por sus hermanos (cf. 1 Jn 3,16; Jn 15,13). Pues bien: algunos cristianos, ya desde los primeros tiempos, fueron llamados, y seguirán siéndolo siempre, a dar este supremo testimonio de amor ante todos, especialmente ante los perseguidores. Por tanto, el martirio, en el que el discípulo se asemeja al Maestro, que aceptó libremente la muerte por la salvación del mundo, y se conforma a Él en la efusión de su sangre, es estimado por la Iglesia como un don eximio y la suprema prueba de amor, Y, si es don concedido a pocos, sin embargo, todos deben estar prestos a confesar a Cristo delante de los hombres y a seguirle, por el camino de la cruz, en medio de las persecuciones que nunca faltan a la Iglesia.

La santidad de la Iglesia también se fomenta de una manera especial con los múltiples consejos que el Señor propone en el Evangelio para que los observen sus discípulos. Entre ellos destaca el precioso don de la divina gracia, concedido a algunos por el Padre (cf. Mt 19, 11; 1 Co 7, 7) para que se consagren a solo Dios con un corazón que en la virginidad o en el celibato se mantiene más fácilmente indiviso (cf. 1 Co 7, 32-34). Esta perfecta continencia por el reino de los cielos siempre ha sido tenuta en la más alta estima

por la Iglesia, como señal y estímulo de la caridad y como un manantial extraordinario de espiritual fecundidad en el mundo.

La Iglesia medita la advertencia del Apóstol, quien, estimulando a los fieles a la caridad, les exhorta a que tengan en sí los mismos sentimientos que tuvo Cristo, el cual «se anonadó a sí mismo tomando la forma de esclavo..., hecho obediente hasta la muerte» (Flp 2, 7-8), y por nosotros «se hizo pobre, siendo rico» (2 Co 8, 9). Y como es necesario que los discípulos den siempre testimonio de esta caridad y humildad de Cristo imitándola, la madre Iglesia goza de que en su seno se hallen muchos varones y mujeres que siguen más de cerca el anonadamiento del Salvador y dan un testimonio más evidente de Él al abrazar la pobreza en la libertad de los hijos de Dios y al renunciar a su propia voluntad. A saber: aquellos que, en materia de perfección, se someten a un hombre por Dios más allá de lo mandado, a fin de hacerse más plenamente conformes a Cristo obediente.

Quedan, pues, invitados y aun obligados todos los fieles cristianos a buscar insistentemente la santidad y la perfección dentro del propio estado. Estén todos atentos a encauzar rectamente sus afectos, no sea que el uso de las cosas del mundo y un apego a las riquezas contrario al espíritu de pobreza evangélica les impida la prosecución de la caridad perfecta. Acordándose de la advertencia del Apóstol: Los que usan de este mundo no se detengan en eso, porque los atractivos de este mundo pasan (cf. 1 Co 7, 31 gr.).



DICASTERIO PARA LA EVANGELIZACIÓN
*SECCIÓN PARA LAS CUESTIONES FUNDAMENTALES
DE LA EVANGELIZACIÓN EN EL MUNDO*